

Un día en las carreras

Por Rodrigo Fresán

En marzo de 1873, León Tolstoi comienza a escribir *Anna Karenina*. Habían pasado cuatro años desde el final de la macronovela *Guerra y Paz* (los lectores de este ruso, como los de Stendhal a la hora de *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, afortunadamente jamás alcanzarán a discernir cuál es el mejor libro de los dos) y ahora la cuestión era cómo superar el éxito de lo que ya se consideraba su insuperable obra maestra.

En algún momento, Tolstoi pensó en continuar por el camino histórico con una biografía novelada de Pedro el Grande pero, de golpe, recordó un *sketch* de Pushkin que comenzaba con la frase "Los invitados acudieron a la dacha".

Estas pocas palabras sumadas al hecho real de una tal Anna Pirogova –amante despechada de uno de sus vecinos que acabó arrojándose bajo las ruedas de una locomotora en enero de 1872– terminó armando el cuadro.

Después, enseguida, aquello de las familias felices, las familias infelices (también conocido como Ley de Murphy-Tolstoi) y una de las cumbres de la novelística universal.

Universal porque aquí tenemos, por fin, a una gran novela rusa nutriéndose de ciertos rasgos extranjeros para asumir su condición de gran novela internacionalmente *europea*.

El influjo de *Middlemarch* de George Eliot –uno de los libros más admirados por Tolstoi– aparece claramente asimilado en el equilibrio de las dos historias y las dos parejas (Anna y Vronsky, Kitty y Levin) para así poder plasmar cabalmente una suerte de *tractat* amoroso que incluya todas las posibilidades de la pasión que laten entre el fracaso trágico y el triunfo casi épico.

El otro libro que aparece como influencia claramente reconocible en *Anna Karenina* –y también inspirado en un escándalo sentimental– es el *Madame Bovary* de Gustave Flaubert publicado en 1856.

Tolstoi combinó magistralmente de este modo la mirada panorámica de Eliot y la visión microscópica de Flaubert: así, uno no lee *Anna Karenina*; uno se va a vivir a *Anna Karenina* y sufre la caída de Anna, el precario equilibrio de Levin (alter ego de Tolstoi) y el inminente apocalipsis de todo un mundo.

Hay muchas partes para elegir de *Anna Karenina* y por eso no hubo coincidencia alguna entre los consultados. Unos querían el suicidio de Anna, otros la declaración amorosa de Levin, aquellos la fiesta de los oficiales, ésos las postales de la vida rural.

Se optó por echarlo a suerte y el momento elegido es este en el que Vronsky monta y condena a Fru Fru en una caída discutida durante años por los especialistas hípicos en cuanto a sus posibilidades reales. Tal vez la menos *clásica* de todas las opciones que salieron a competir pero, también, un formidable instante de pericia narrativa en el que Tolstoi narra –casi con movimientos de cámara– el instante de una derrota donde, con prosa triunfal, descubrimos de un personaje mucho más de lo que él sabe de sí mismo.

Ah, odiamos tanto a Vrosky.

Anna Karen

Por León Tolstoi

Sudorosos y extenuados, los corceles que habían corrido en la prueba anterior eran conducidos a los barracones por los mozos de cuadra, a la vez que para la carrera siguiente hacían su aparición caballos frescos, cubiertos de mantas, en su mayoría caballos ingleses, que con sus vientres cinchados semejaban pájaros enormes y extraños. Por la derecha traían a la bella y esbelta *Fru-Fru*, que marchaba sobre sus elásticas y largas cuartillas como sobre muelles. No lejos de ella quitaban la gualdrapa al orejudo *Gladiador*. Las formas vigorosas, exquisitas y perfectamente correctas del corcel, de soberbia grupa y cuartillas demasiados cortas que casi rozaban con los cascos, no dejaron de llamar la atención de Vronski. Este quiso acercase a su yegua, pero otro de sus conocidos volvió a detenerle.

–¡Ah, ahí está Karenin! –exclamó el conocido con quien hablaba–. Está buscando a su mujer y ella está allí, en el centro del pabellón. ¿No la ha visto usted?

–No, no la he visto –respondió Vronski; y sin mirar siquiera hacia el pabellón en el que su amigo le apuntaba a la señora Karenina, fue donde estaba su yegua.

Vronski no tuvo tiempo de revisar la silla, acerca de la cual quería dar algunas instrucciones, porque llamaron a los jinetes al pabellón para el sorteo de números y lugares en el poste de salida. Diecisiete oficiales, graves y sombríos, muchos de ellos pálidos, se congregaron en el pabellón y sacaron los números. A Vronski le tocó el siete. En ese momento se oyó el grito de "¡A caballo!".

Consciente de que junto con los otros partícipes en la prueba era el punto en que convergían todas las miradas, y con la tirantez de nervios que de ordinario calmaba y templaba sus movimientos, Vronski fue a su yegua. Cord, en obsequio a la carrera, se había puesto su atavío de gala: levita negra abotonada, cuello almidonado que le levantaba las mejillas, sombrero negro redondo y botas de montar. Como siempre, estaba serio y tranquilo; y era él mismo el que delante de la yegua sujetaba con ambas manos las riendas. *Fru-Fru* seguía temblando como si tuviera fiebre. Su ojo enardecido miró de soslayo a Vronski. Este metió los dedos por debajo de la cincha. La yegua le miró aún más de través, contrajo el belfo y crispó la oreja. El inglés arrugó los labios, intentando mostrar con una sonrisa que cualquiera podía poner a prueba su ensilladura.

–Móntese; así estará menos agitado.

Vronski, por última vez, abarcó en una mirada a sus rivales, pues sabía que no los vería durante la prueba. Dos de ellos se dirigían ya hacia el lugar fijado para la salida. Galtsin, amigo de Vronski y uno de sus rivales más peligrosos, daba vueltas en torno a un corcel bayo que no le dejaba montar. Un húsar de exigua estatura en ajustados pantalones de montar galopaba encogido como un gato en imitación de los jinetes ingleses. El príncipe Kuzovlyov cabalgaba pálido en su yegua de pura sangre de la yeguada de Grabovski, que un *groom* inglés sujetaba por la brida. Vronski y todos sus camaradas conocían a Kuzovlyov y sus peculiaridades, a saber, sus "nervios" y su terrible vanidad. Sabían que tenía miedo de todo, incluso de montar un caballo fogoso; pero ahora, puesto que se trataba precisamente de un lance arriesgado, puesto que la gente podía romperse la crisma y junto a cada obstáculo había médico, ambulancia marcada con una cruz y enfermera, había decidido tomar parte en la carrera. Cruzaron una mirada y Vronski, amistosamente, le hizo un guiño alentador. Al único que no vio fue a Mahotin, su principal rival, que montaba a *Gladiador*.

–No se apresure –dijo Cord a Vronski– y recuerde una cosa: no la refrene en los obstáculos ni la aguije; déjela correr como ella quiera.

–Muy bien, muy bien –dijo Vronski tomando las riendas.

–De ser posible, colóquese en cabeza; pero no se desespere hasta el último momento aunque vaya a la cola.

Antes que la yegua tuviera tiempo de moverse, Vronski, con ágil y vigoroso movimiento, metió el pie en el estribo dentado de acero y se sentó ligero y firme en el cuero crujiente de la silla. Puso el pie derecho en el estribo, igualó como de costumbre las riendas entre los dedos y Cord las soltó. Como si no supiese con qué pie avanzar primero, *Fru-Fru* echó a andar, tirando de las riendas con su largo cuello, caminando como sobre muelles y meciendo al jinete sobre el elástico lomo. Cord apretó el paso en seguimiento de Vronski. Inquieta, la yegua trataba de burlar al jinete tirando de las riendas primero de un lado y luego del otro, mientras Vronski trataba en vano de calmarla con la voz y con la mano.

Se acercaron al arroyo embalsado camino del poste de salida. Algunos jinetes iban delante de Vronski y otros detrás, cuando de pronto éste oyó detrás de sí a un caballo que galopaba en el barro y vio que se le adelantaba Mahotin en su *Gladiador* patiblanco y orejudo. Mahotin sonrió mostrando sus dientes largos, pero Vronski le miró irritado. En todo caso, no le estimaba y le consideraba como su rival más peligroso, y ahora lo que le sulfuraba era que pasase veloz junto a él excitando de ese modo a su yegua. *Fru-Fru* arrancó con la pata izquierda, dio un par de saltos y, rabiosa por lo tirante de las riendas, se contentó con un trote saltarín que hacía botar al jinete en la silla. Cord, enfurruñado asimismo, iba tras Vronski también casi al trote.

Diecisiete oficiales en total tomaban parte en esta carrera. La pista formaba una elipse de cuatro verstas de longitud que pasaba delante del pabellón. En ese trayecto se habían fijado nueve obstáculos: el arroyo, una barrera sólida de cinco pies de alto justamente delante del pabellón, una zanja seca, una zanja con agua, una pendiente escarpada, una barricada irlandesa (obstáculo de los más difíciles, consistente en un montículo rodeado de zarzal tras el cual había otra zanja que los caballos no podían ver, de modo que tenían que salvar ambos obstáculos o de lo contrario podían tener un grave percance), luego dos zanjas más, una con agua y otra sin ella; y el poste de llegada estaba situado cabalmente delante del pabellón. Ahora bien, la prueba no comenzaba en la pista, sino a cierta distancia fuera de ella, y en esa parte del recorrido se hallaba el primer obstáculo: el arroyo embalsado de siete pies de ancho que los jinetes tenían que saltar o vadear.

Tres veces quedaron los participantes alineados para salir, pero cada vez algún caballo se salió de la línea y fue menester empezar de nuevo. El árbitro de salida, el coronel Sestrin, empezaba ya a impacientarse cuando, por fin, al gritar "¡adelante!" por cuarta vez comenzó la carrera. Todos los ojos y todos los gemelos se concentraron en el abigarrado grupo de jinetes en el momento en que se alineaban para la salida. "¡Ya, ya salen!" –se oyó gritar por todos lados tras el silencio de la espera.

Solos o en grupos, los espectadores corrían de un sitio para otro a fin de ver mejor. En el primer minuto se fue alargando el grupo de jinetes, y se vio cómo en parejas, en tríos, y uno tras otro se iban aproximando al arroyo. A los espectadores les parecía que todos ellos habían arrancado juntos, pero los caballistas sabían que había habido segundos de diferencia que eran de grandísima importancia.

Fru-Fru, sobreexcitada y excesivamente nerviosa, había perdido el primer momento y varios caballos habían arrancado antes que ella; pero antes dellegar al arroyo, Vronski, que la refrenaba con todas sus fuerzas cuando el animal tiraba de las riendas, adelantó fácilmente a tres; sólo le llevaban la delantera el *Gladiador* castaño de Mahotin (cuya grupa se movía rítmica y suave ante los ojos mismos de Vronski) y a la cabeza de todos la bella *Diana*, en la que más muerto que vivo cabalgaba Kuzovlyov.

En los primeros instantes Vronski, aún no se sentía dueño de sí mismo ni de su montura. Hasta llegar al arroyo, que era el primer obstáculo, no pudo dominar los movimientos de la yegua.

Gladiador y *Diana* llegaron juntos al arroyo, casi en el mismo instante; saltaron a la par por encima de la corriente y pasaron veloces al otro lado; de modo imperceptible, como en volandas, se alzó *Fru-Fru* tras ellos; pero en el momento mismo en que Vronski se sintió en el aire, vio de pronto casi bajo los cascos de su yegua a Kuzovlyov, que forcejeaba con *Diana* al otro lado del arroyo (Kozovlyov había soltado las riendas al dar el salto y la yegua le había despedido por encima de la cabeza). Esos detalles los supo Vronski más tarde; de momento sólo vio que debajo de él, allí donde *Fru-Fru* debía sentar pie, podía tropezar con las patas o la cabeza de *Diana*. Pero *Fru-Fru*, como gato que cae, encogió las patas y el lomo al dar el salto, y esquivando a la otra yegua, pasó adelante.

"¡Ay, preciosa mía!" –se dijo Vronski.

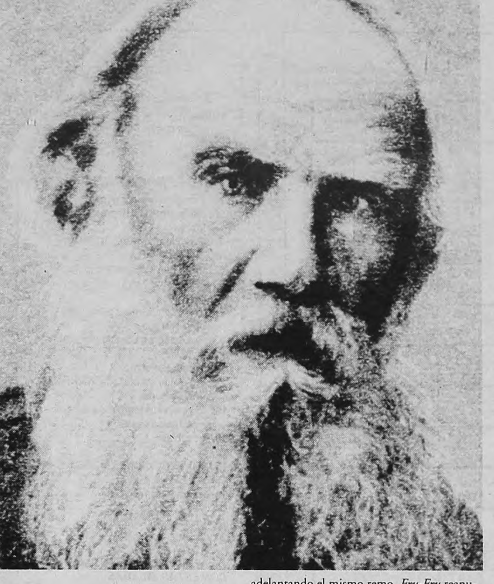
Una vez cruzado el arroyo, Vronski logró enseñorearse por completo de su yegua; comenzó a sofrenarla a fin de salvar la barrera grande en pos de Mahotin y dar alcance a éste en el trayecto siguiente, de algo menos de media versta de largo y libre de obstáculos.

La barrera grande estaba situada justamente delante del pabellón imperial. El emperador, toda la corte y un sinfín de gente estaban todos mirándoles, a él y a Mahotin, que iba un largo de montura delante de él, cuando se acercaban al "demonio", como llamaban a la barrera grande. Vronski se percataba de los ojos que le asaeteaban por todas partes, pero no veía nada, salvo las orejas y el pescuezo de su yegua, el suelo que corría a su encuentro,

Las formas vigorosas, exquisitas y perfectamente correctas del corcel, de soberbia grupa y cuartillas demasiado cortas que casi rozaban con los cascos, no dejaron de llamar la atención de Vronski.

Anna Karenina

Por León Tolstoi



Sudorosos y extenuados, los corceles que habían corrido en la prueba anterior eran conducidos a los barracones por los mozos de cuadra, a la vez que para la carrera siguiente hacían su aparición caballos frescos, cubiertos de mantas, en su mayoría caballos ingleses, que con sus vientres cinchados semejaban pájaros enormes y extraños. Por la derecha traían a la bella y esbelta *Fru-Fru*, que marchaba sobre sus elásticas y largas cuartillas como sobre muelles. No lejos de ella quitaban la gualdrapa al orejudo *Gladiador*. Las formas vigorosas, exquisitas y perfectamente correctas del corcel, de soberbia grupa y cuartillas demasiados cortas que casi rozaban con los cascos, no dejaron de llamar la atención de Vronski. Este quiso acercase a su yegua, pero otro de sus conocidos volvió a detenerle.

–¡Ah, ahí está Karenin! –exclamó el conocido con quien hablaba–. Está buscando a su mujer y ella está allí, en el centro del pabellón. ¿No la ha visto usted?

–No, no la he visto –respondió Vronski; y sin mirar siquiera hacia el pabellón en el que su amigo le apuntaba a la señora Karenina, fue donde estaba su yegua.

Vronski no tuvo tiempo de revisar la silla, acerca de la cual quería dar algunas instrucciones, porque llamaron a los jinetes al pabellón para el sorteo de números y lugares en el poste de salida. Diecisiete oficiales, graves y sombríos, muchos de ellos pálidos, se congregaron en el pabellón y sacaron los números. A Vronski le tocó el siete. En ese momento se oyó el grito de "¡A caballo!".

Consciente de que junto con los otros partícipes en la prueba era el punto en que convergían todas las miradas, y con la tirantez de nervios que de ordinario calmaba y templaba sus movimientos, Vronski fue a su yegua. Cord, en obsequio a la carrera, se había puesto su atavío de gala: levita negra abotonada, cuello almidonado que le levantaba las mejillas, sombrero negro redondo y botas de montar. Como siempre, estaba serio y tranquilo; y era él mismo el que delante de la yegua sujetaba con ambas manos las riendas. *Fru-Fru* seguía temblando como si tuviera fiebre. Su ojo enardecido miró de soslayo a Vronski. Este metió los dedos por debajo de la cincha. La yegua le miró aún más de través, contrajo el belfo y crispó la oreja. El inglés arrugó los labios, intentando mostrar con una sonrisa que cualquiera podía poner a prueba su ensilladura.

–Móntese; así estará menos agitado.

Vronski, por última vez, abarcó en una mirada a sus rivales, pues sabía que no los vería durante la prueba. Dos de ellos se dirigían ya hacia el lugar fijado para la salida. Galtsin, amigo de Vronski y uno de sus rivales más peligrosos, daba vueltas en torno a un corcel bayo que no le dejaba montar. Un húsar de exigua estatura en ajustados pantalones de montar galopaba encogido como un gato en imitación de los jinetes ingleses. El príncipe Kuzovlyov cabalgaba pálido en su yegua de pura sangre de la yeguada de Grabovski, que un *groom* inglés sujetaba por la brida. Vronski y todos sus camaradas conocían a Kuzovlyov y sus peculiaridades, a saber, sus "nervios" y su terrible vanidad. Sabían que tenía miedo de todo, incluso de montar un caballo fogoso; pero ahora, puesto que se trataba precisamente de un lance arriesgado, puesto que la gente podía romperse la crisma y junto a cada obstáculo había médico, ambulancia marcada con una cruz y enfermera, había decidido tomar parte en la carrera. Cruzaron una mirada y Vronski, amistosamente, le hizo un guiño alentador. Al único que no vio fue a Mahotin, su principal rival, que montaba a *Gladiador*.

–No se apresure –dijo Cord a Vronski– y recuerde una cosa: no la refrene en los obstáculos ni la aguije; déjela correr como ella quiera.

–Muy bien, muy bien –dijo Vronski tomando las riendas.

–De ser posible, colóquese en cabeza; pero no se desespere hasta el último momento aunque vaya a la cola.

Antes que la yegua tuviera tiempo de moverse, Vronski, con ágil y vigoroso movimiento, metió el pie en el estribo dentado de acero y se sentó ligero y firme en el cuero crujiente de la silla. Puso el pie derecho en el estribo, igualó como de costumbre las riendas entre los dedos y Cord las soltó. Como si no supiese con qué pie avanzar primero, *Fru-Fru* echó a andar, tirando de las riendas con su largo cuello, caminando como sobre muelles y meciendo al jinete sobre el elástico lomo. Cord apretó el paso en seguimiento de Vronski. Inquieta, la yegua trataba de burlar al jinete tirando de las riendas primero de un lado y luego del otro, mientras Vronski trataba en vano de calmarla con la voz y con la mano.

Se acercaron al arroyo embalsado camino del poste de salida. Algunos jinetes iban delante de Vronski y otros detrás, cuando de pronto éste oyó detrás de sí a un caballo que galopaba en el barro y vio que se le adelantaba Mahotin en su *Gladiador* patiblanco y orejudo. Mahotin sonrió mostrando sus dientes largos, pero Vronski le miró irritado. En todo caso, no le estimaba y le consideraba como su rival más peligroso, y ahora lo que le sulfuraba era que pasase veloz junto a él excitando de ese modo a su yegua. *Fru-Fru* arrancó con la pata izquierda, dio un par de saltos y, rabiosa por lo tirante de las riendas, se contentó con un trote saltarín que hacía botar al jinete en la silla. Cord, enfurruñado asimismo, iba tras Vronski también casi al trote.

Las formas vigorosas, exquisitas y perfectamente correctas del corcel, de soberbia grupa y cuartillas demasiado cortas que casi rozaban con los cascos, no dejaron de llamar la atención de Vronski.

Diecisiete oficiales en total tomaban parte en esta carrera. La pista formaba una elipse de cuatro verstas de longitud que pasaba delante del pabellón. En ese trayecto se habían fijado nueve obstáculos: el arroyo, una barrera sólida de cinco pies de alto justamente delante del pabellón, una zanja seca, una zanja con agua, una pendiente escarpada, una barricada irlandesa (obstáculo de los más difíciles, consistente en un montículo rodeado de zarzal tras el cual había otra zanja que los caballos no podían ver, de modo que tenían que salvar ambos obstáculos o de lo contrario podían tener un grave percance), luego dos zanjas más, una con agua y otra sin ella; y el poste de llegada estaba situado cabalmente delante del pabellón. Ahora bien, la prueba no comenzaba en la pista, sino a cierta distancia fuera de ella, y en esa parte del recorrido se hallaba el primer obstáculo: el arroyo embalsado de siete pies de ancho que los jinetes tenían que saltar o vadear.

Tres veces quedaron los participantes alineados para salir, pero cada vez algún caballo se salió de la línea y fue menester empezar de nuevo. El árbitro de salida, el coronel Sestrin, empezaba ya a impacientarse cuando, por fin, al gritar "¡adelante!" por cuarta vez comenzó la carrera. Todos los ojos y todos los gemelos se concentraron en el abigarrado grupo de jinetes en el momento en que se alineaban para la salida. "¡Ya, ya salen!" –se oyó gritar por todos lados tras el silencio de la espera.

Solos o en grupos, los espectadores corrían de un sitio para otro a fin de ver mejor. En el primer minuto se fue alargando el grupo de jinetes, y se vio cómo en parejas, en tríos, y uno tras otro se iban aproximando al arroyo. A los espectadores les parecía que todos ellos habían arrancado juntos, pero los caballistas sabían que había habido segundos de diferencia que eran de grandísima importancia.

Fru-Fru, sobreexcitada y excesivamente nerviosa, había perdido el primer momento y varios caballos habían arrancado antes que ella; pero antes dellegar al arroyo, Vronski, que la refrenaba con todas sus fuerzas cuando el animal tiraba de las riendas, adelantó fácilmente a tres; sólo le llevaban la delantera el *Gladiador* castaño de Mahotin (cuya grupa se movía rítmica y suave ante los ojos mismos de Vronski) y a la cabeza de todos la bella *Diana*, en la que más muerto que vivo cabalgaba Kuzovlyov.

En los primeros instantes Vronski, aún no se sentía dueño de sí mismo ni de su montura. Hasta llegar al arroyo, que era el primer obstáculo, no pudo dominar los movimientos de la yegua.

Gladiador y *Diana* llegaron juntos al arroyo, casi en el mismo instante; saltaron a la par por encima de la corriente y pasaron veloces al otro lado; de modo imperceptible, como en volandas, se alzó *Fru-Fru* tras ellos; pero en el momento mismo en que Vronski se sintió en el aire, vio de pronto casi bajo los cascos de su yegua a Kuzovlyov, que forcejeaba con *Diana* al otro lado del arroyo (Kozovlyov había soltado las riendas al dar el salto y la yegua le había despedido por encima de la cabeza). Esos detalles los supo Vronski más tarde; de momento sólo vio que debajo de él, allí donde *Fru-Fru* debía sentar pie, podía tropezar con las patas o la cabeza de *Diana*. Pero *Fru-Fru*, como gato que cae, encogió las patas y el lomo al dar el salto, y esquivando a la otra yegua, pasó adelante.

"¡Ay, preciosa mía!" –se dijo Vronski.

Una vez cruzado el arroyo, Vronski logró enseñorearse por completo de su yegua; comenzó a sofrenarla a fin de salvar la barrera grande en pos de Mahotin y dar alcance a éste en el trayecto siguiente, de algo menos de media versta de largo y libre de obstáculos.

La barrera grande estaba situada justamente delante del pabellón imperial. El emperador, toda la corte y un sinfín de gente estaban todos mirándoles, a él y a Mahotin, que iba un largo de montura delante de él, cuando se acercaban al "demonio", como llamaban a la barrera grande. Vronski se percataba de los ojos que le asaeteaban por todas partes, pero no veía nada, salvo las orejas y el pescuezo de su yegua, el suelo que corría a su encuentro, y la grupa y las patas blancas de *Gladiador*, que marcaban un compás delante de él y mantenían siempre la misma distancia. *Gladiador* se levantó en el aire sin tropezar con nada, sacudió la cola y desapareció de la vista de Vronski.

–¡Bravo! –gritó una voz.

En ese mismo momento, ante los ojos de Vronski, allí mismo delante de él, surgieron los tablones de la barrera grande. Sin la menor alteración de su andadura, su yegua pasó volando por encima; desaparecieron los tablones y oyó sólo un golpe detrás de sí. Excitada por *Gladiador* que iba delante, la yegua había iniciado el salto ante la barrera demasiado pronto y la había rozado con un casco trasero. Pero no alteró el paso, y Vronski, sintiendo en la cara una salpicadura de barro, comprendió que otra vez estaba a la misma distancia de *Gladiador*. Una vez más vio delante de sí la misma grupa, la misma cola corta y las mismas veloces patas blancas que no se alejaban de él.

Con semblante desfigurado por la pasión, pálidas las mejillas y trémulo el mentón, Vronski le dio un taconazo en el vientre y empezó de nuevo a tirar de las riendas.

En el instante mismo en que Vronski decidió que había llegado el momento de alcanzar a Mahotin, la propia *Fru-Fru*, entendiendo lo que pensaba, sin ninguna incitación por parte de él, fue ganando terreno y acercándose a Mahotin por el lado más favorable, el de la soga que marcaba la pista, pero Mahotin no la dejaba pasar por ese lado. Apenas hubo pensado Vronski que sería posible adelantarle por fuera, cuando *Fru-Fru* cambió de andadura y empezó a dar alcance a su rival por ese lado. El hombro de *Fru-Fru*, que el sudor empezaba a oscurecer, estaba a la altura de la grupa de *Gladiador*. Durante breve espacio los dos caballos corrieron igualados. Pero ante el obstáculo a que se acercaban, Vronski, a fin de evitar un rodeo, manipuló las riendas y adelantó con rapidez a Mahotin en la pendiente misma. Vislumbró de reojo el rostro de éste, salpicado de barro. Hasta le pareció que se sonreía. Y aunque había adelantado a Mahotin, un instante después le sintió detrás de sí y volvió a oír el sonido rítmico de los cascos y el rápido y aún fresco resollar de *Gladiador*. Los dos obstáculos siguientes, la zanja y la barrera, fueron salvados con facilidad, pero Vronski empezó a oír más cerca el bufido de *Gladiador* y el tamborileo de sus cascos. Apremió a su yegua y sintió alborozado que ésta apretaba fácilmente el paso, con lo que el sonido de los cascos de *Gladiador* volvió otra vez a oírse a la misma distancia que antes.

Vronski iba a la cabeza de la carrera, que era lo que había querido y lo que Cord le había aconsejado. Ahora estaba seguro de ganarla. Su agitación, su regocijo y su ternura por *Fru-Fru* subieron de punto. Hubiera querido mirar hacia atrás, pero no se atrevía a hacerlo; trataba de calmarse y de no incitar a su montura, a fin de conservar una reserva de energía equivalente a la que, a su parecer, tenía aún *Gladiador*. Sólo quedaba un obstáculo, pero era el más difícil; si podía salvarlo a la cabeza de los demás sería el primero en llegar a la meta. Se acercaba velozmente a la barrera irlandesa. Desde lejos la vieron *Fru-Fru* y él, y tanto el jinete como la yegua vacilaron un instante. El notó la indecisión en las orejas del animal y levantó la fusta, pero comprendió al punto que su temor carecía de fundamento: la yegua sabía lo que tenía que hacer. Arreció el paso y, con suavidad, como él lo había esperado, saltó y, despegándose del suelo, se dejó llevar por la inercia de su impulso, que la transportó mucho más allá de la zanja; y con parejo ritmo, sin esfuerzo, adelantando el mismo remo, *Fru-Fru* reanudó su andadura anterior.

–¡Bravo, Vronski! –oyó voces en un grupo de hombres que, como sabía, eran amigos y camaradas de su regimiento que estaban junto al obstáculo; no pudo menos de reconocer la de Yashvin, aunque no le vio.

"¡Ay, preciosa mía!" –dijo para sus adentros, escuchando lo que sucedía tras él. "¡La ha saltado!" –pensó, oyendo detrás el ruido de los cascos de *Gladiador*. Quedaba una última zanja de cinco pies de ancho, llena de agua. Vronski ni siquiera la miró y, ansioso de llegar en primer lugar y muy por delante de los otros, empezó a mover circularmente las riendas, levantando y bajando la cabeza de la yegua a compás de su paso. Tenía la impresión de que el animal gastaba su última reserva de energía; no sólo tenía empapados el cuello y los hombros, sino que de la crin, de la cabeza, de las puntiagudas orejas, brotaban gotas de sudor, a la vez que respiraba con brusco y corto resuello. Pero él sabía que esa reserva era bastante para la versta y media que quedaba. Sólo porque se sentía más cerca del suelo, y por la singular suavidad de los movimientos de la yegua, sabía Vronski lo mucho que ésta había acelerado el paso. Pasó por encima de la zanja como si no la hubiese notado: la cruzó volando como un pájaro. Pero en ese mismo instante Vronski, con gran espanto suyo, sintió que no había estado acorde con el paso de la yegua, y que, sin saber por qué, había hecho un movimiento afrentoso e imperdonable dejándose caer hacia atrás en la silla. Había cambiado repentinamente de postura, y comprendió que algo horrible había ocurrido. Aún no había conseguido explicarse lo sucedido cuando vio, casi rozándole, las blancas patas de un caballo castaño, y Mahotin pasó junto a él en raudo galope. Vronski tocó la tierra con un pie y sobre ese pie caía pesadamente la yegua. Apenas tuvo tiempo de librar el pie cuando *Fru-Fru* se derrumbó sobre un costado, bufando penosamente; y, haciendo con el cuello delicado y sudoroso vanos esfuerzos por levantarse, cayó a los pies de su amo como pájaro que aletea derribado por un tiro: el torpe movimiento hecho por Vronski le había roto el espinazo. Pero eso no lo supo él hasta mucho más tarde. Lo único que vio en ese momento fue que Mahotin se alejaba velozmente, que él se quedaba solo y tambaleante en el suelo fangoso e inmóvil, y que *Fru-Fru*, delante de él, jadeaba con dificultad, alargando hacia él la cabeza y mirándole con sus bellos ojos. Sin comprender aún lo ocurrido, Vronski tiraba de las riendas de su montura. Esta, como un pez, volvió a agitarse con todo el cuerpo; sacudiendo la silla con los hombros se incorporó sobre los cuartos delanteros, pero sin fuerzas para levantar la grupa tembló toda ella y volvió a caer de lado. Con semblante desfigurado por la pasión, pálidas las mejillas y trémulo el mentón, Vronski le dio untaconazo en el vientre y empezó de nuevo a tirar de las riendas. La yegua no se movió; hundió la nariz en el suelo y miró a su dueño con ojos elocuentes.

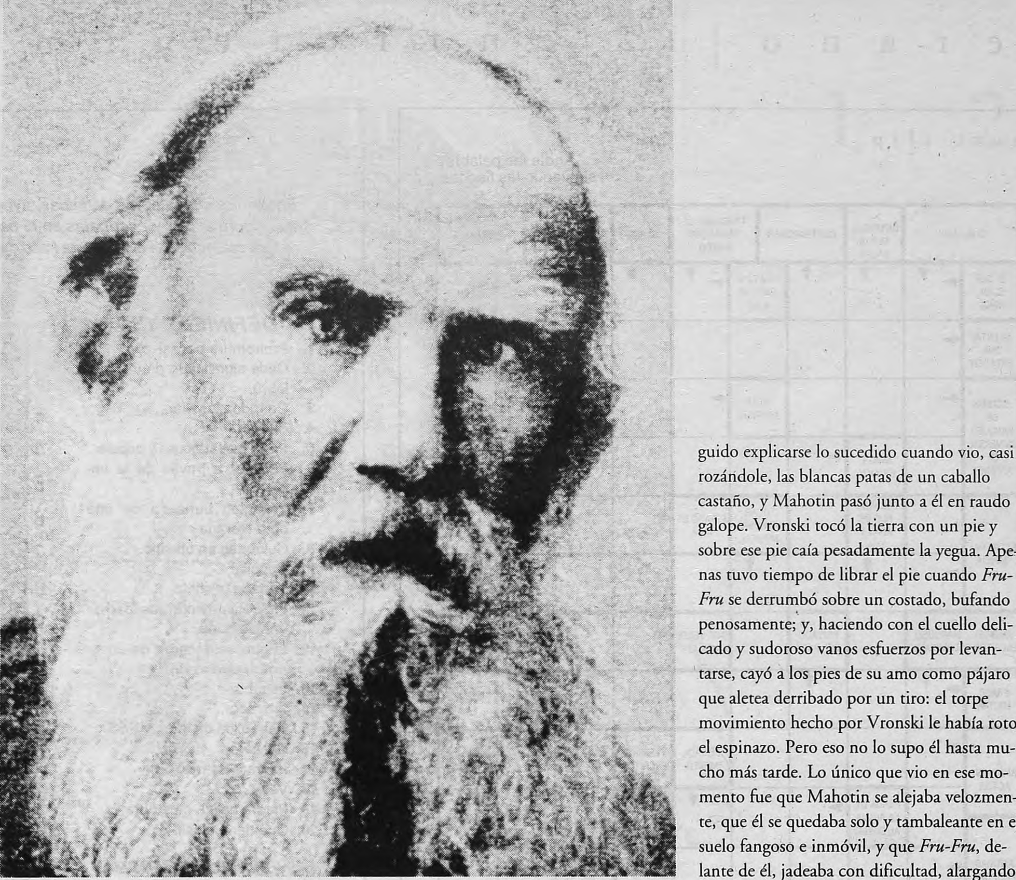
–¡Ay, ay! –gimió Vronski llevándose las manos a la cabeza–. ¡Ay, ay! ¿Qué es lo que he hecho? –gritaba–. ¡La carrera está perdida! ¡Y es culpa mía, culpa vergonzosa, imperdonable! ¡Y esta pobre yegua, tan preciosa, destrozada! ¡Ay, ay! ¿Qué he hecho?

Vino corriendo gente, vinieron un médico y su ayudante y oficiales de su regimiento. Para mayor desgracia suya, vio que había quedado sano y salvo. La yegua se había roto el espinazo, por lo que se acordó matarla de un tiro. Vronski no pudo responder a las preguntas que le hicieron ni pudo hablar con nadie. Giró sobre los talones, y sin recoger la gorra que se le había caído abandonó el hipódromo sin saber a dónde iba. Estaba abatido. Por primera vez en su vida conocía lo penoso que es el infortunio, el infortunio irremediable, de que él mismo había sido el causante.

Yashvin le alcanzó trayéndole la gorra y le acompañó a casa. Media hora después Vronski había recobrado la calma. Pero el recuerdo de esa carrera persistió largo tiempo, el recuerdo más cruel y amargo de su vida.

De *Anna Karenina* (Alianza). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

nina



y la grupa y las patas blancas de *Gladiador*, que marcaban un compás delante de él y mantenían siempre la misma distancia. *Gladiador* se levantó en el aire sin tropezar con nada, sacudió la cola y desapareció de la vista de Vronski.

–¡Bravo! –gritó una voz.

En ese mismo momento, ante los ojos de Vronski, allí mismo delante de él, surgieron los tablones de la barrera grande. Sin la menor alteración de su andadura, su yegua pasó volando por encima; desaparecieron los tablones y oyó sólo un golpe detrás de sí. Excitada por *Gladiador* que iba delante, la yegua había iniciado el salto ante la barrera demasiado pronto y la había rozado con un casco trasero. Pero no alteró el paso, y Vronski, sintiendo en la cara una salpicadura de barro,

Con semblante desfigurado por la pasión, pálidas las mejillas y trémulo el mentón, Vronski le dio un taconazo en el vientre y empezó de nuevo a tirar de las riendas.

comprendió que otra vez estaba a la misma distancia de *Gladiador*. Una vez más vio delante de sí la misma grupa, la misma cola corta y las mismas veloces patas blancas que no se alejaban de él.

En el instante mismo en que Vronski decidió que había llegado el momento de alcanzar a Mahotin, la propia *Fru-Fru*, entendiendo lo que pensaba, sin ninguna incitación por parte de él, fue ganando terreno y acercándose a Mahotin por el lado más favorable, el de la soga que marcaba la pista, pero Mahotin no la dejaba pasar por ese lado. Apenas hubo pensado Vronski que sería posible adelantarle por fuera, cuando *Fru-Fru* cambió de andadura y empezó a dar alcance a su rival por ese lado. El hombro de *Fru-Fru*, que el sudor empezaba a oscurecer, estaba a la altura de la grupa de *Gladiador*. Durante breve espacio los dos caballos corrieron igualados. Pero ante el obstáculo a que se acercaban, Vronski, a fin de evitar un rodeo, manipuló las riendas y adelantó con rapidez a Mahotin en la pendiente misma. Vislumbró de reojo el rostro de éste, salpicado de barro. Hasta le pareció que se sonreía. Y aunque había adelantado a Mahotin, un instante después le sintió detrás de sí y volvió a oír el sonido rítmico de los cascos y el rápido y aún fresco resollar de *Gladiador*. Los dos obstáculos siguientes, la zanja y la barrera, fueron salvados con facilidad, pero Vronski empezó a oír más cerca el bufido de *Gladiador* y el tamborileo de sus cascos. Apremió a su yegua y sintió alborozado que ésta apretaba fácilmente el paso, con lo que el sonido de los cascos de *Gladiador* volvió otra vez a oírse a la misma distancia que antes.

Vronski iba a la cabeza de la carrera, que era lo que había querido y lo que Cord le había aconsejado. Ahora estaba seguro de ganarla. Su agitación, su regocijo y su ternura por *Fru-Fru* subieron de punto. Hubiera querido mirar hacia atrás, pero no se atrevía a hacerlo; trataba de calmarse y de no incitar a su montura, a fin de conservar una reserva de energía equivalente a la que, a su parecer, tenía aún *Gladiador*. Sólo quedaba un obstáculo, pero era el más difícil; si podía salvarlo a la cabeza de los demás sería el primero en llegar a la meta. Se acercaba velozmente a la barrera irlandesa. Desde lejos la vieron *Fru-Fru* y él, y tanto el jinete como la yegua vacilaron un instante. El notó la indecisión en las orejas del animal y levantó la fusta, pero comprendió al punto que su temor carecía de fundamento: la yegua sabía lo que tenía que hacer. Arreció el paso y, con suavidad, como él lo había esperado, saltó y, despegándose del suelo, se dejó llevar por la inercia de su impulso, que la transportó mucho más allá de la zanja; y con parejo ritmo, sin esfuerzo, adelantando el mismo remo, *Fru-Fru* reanudó su andadura anterior.

–¡Bravo, Vronski! –oyó voces en un grupo de hombres que, como sabía, eran amigos y camaradas de su regimiento que estaban junto al obstáculo; no pudo menos de reconocer la de Yashvin, aunque no le vio.

"¡Ay, preciosa mía!" –dijo para sus adentros, escuchando lo que sucedía tras él. "¡La ha saltado!" –pensó, oyendo detrás el ruido de los cascos de *Gladiador*. Quedaba una última zanja de cinco pies de ancho, llena de agua. Vronski ni siquiera la miró y, ansioso de llegar en primer lugar y muy por delante de los otros, empezó a mover circularmente las riendas, levantando y bajando la cabeza de la yegua a compás de su paso. Tenía la impresión de que el animal gastaba su última reserva de energía; no sólo tenía empapados el cuello y los hombros, sino que de la crin, de la cabeza, de las puntiagudas orejas, brotaban gotas de sudor, a la vez que respiraba con brusco y corto resuello. Pero él sabía que esa reserva era bastante para la versta y media que quedaba. Sólo porque se sentía más cerca del suelo, y por la singular suavidad de los movimientos de la yegua, sabía Vronski lo mucho que ésta había acelerado el paso. Pasó por encima de la zanja como si no la hubiese notado: la cruzó volando como un pájaro. Pero en ese mismo instante Vronski, con gran espanto suyo, sintió que no había estado acorde con el paso de la yegua, y que, sin saber por qué, había hecho un movimiento afrentoso e imperdonable dejándose caer hacia atrás en la silla. Había cambiado repentinamente de postura, y comprendió que algo horrible había ocurrido. Aún no había conseguido explicarse lo sucedido cuando vio, casi rozándole, las blancas patas de un caballo castaño, y Mahotin pasó junto a él en raudo galope. Vronski tocó la tierra con un pie y sobre ese pie caía pesadamente la yegua. Apenas tuvo tiempo de librar el pie cuando *Fru-Fru* se derrumbó sobre un costado, bufando penosamente; y, haciendo con el cuello delicado y sudoroso vanos esfuerzos por levantarse, cayó a los pies de su amo como pájaro que aletea derribado por un tiro: el torpe movimiento hecho por Vronski le había roto el espinazo. Pero eso no lo supo él hasta mucho más tarde. Lo único que vio en ese momento fue que Mahotin se alejaba velozmente, que él se quedaba solo y tambaleante en el suelo fangoso e inmóvil, y que *Fru-Fru*, delante de él, jadeaba con dificultad, alargando hacia él la cabeza y mirándole con sus bellos ojos. Sin comprender aún lo ocurrido, Vronski tiraba de las riendas de su montura. Esta, como un pez, volvió a agitarse con todo el cuerpo; sacudiendo la silla con los hombros se incorporó sobre los cuartos delanteros, pero sin fuerzas para levantar la grupa tembló toda ella y volvió a caer de lado. Con semblante desfigurado por la pasión, pálidas las mejillas y trémulo el mentón, Vronski le dio untaconazo en el vientre y empezó de nuevo a tirar de las riendas. La yegua no se movió; hundió la nariz en el suelo y miró a su dueño con ojos elocuentes.

–¡Ay, ay! –gimió Vronski llevándose las manos a la cabeza–. ¡Ay, ay! ¿Qué es lo que he hecho? –gritaba–. ¡La carrera está perdida! ¡Y es culpa mía, culpa vergonzosa, imperdonable! ¡Y esta pobre yegua, tan preciosa, destrozada! ¡Ay, ay! ¿Qué he hecho?

Vino corriendo gente, vinieron un médico y su ayudante y oficiales de su regimiento. Para mayor desgracia suya, vio que había quedado sano y salvo. La yegua se había roto el espinazo, por lo que se acordó matarla de un tiro. Vronski no pudo responder a las preguntas que le hicieron ni pudo hablar con nadie. Giró sobre los talones, y sin recoger la gorra que se le había caído abandonó el hipódromo sin saber a dónde iba. Estaba abatido. Por primera vez en su vida conocía lo penoso que es el infortunio, el infortunio irremediable, de que él mismo había sido el causante.

Yashvin le alcanzó trayéndole la gorra y le acompañó a casa. Media hora después Vronski había recobrado la calma. Pero el recuerdo de esa carrera persistió largo tiempo, el recuerdo más cruel y amargo de su vida.

De *Anna Karenina* (Alianza). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

c r u c i - c l i p

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Definiciones del esquema:

- SUAVIZAR
- (... BRYNNER) ACTOR CALVO
- CONTRAPONER
- TRABAJAD LA TIERRA CON ARADO
- BARRIO
- TRAMAR UN PLAN
- CAMINAN
- EL QUE CUIDA NIÑOS
- USA CON EXCESO ALGO
- AVENTAJAR, EXCEDER
- ELEVASE ALGO CON CUERDAS
- SISTEMA DE RANQUEO UNIVERSAL DE AJEDREZ
- TRETA, ARTIFICIO
- AMA DE CRIANZA
- SEGUNDO HIJO DE ADÁN Y EVA
- TOCAR UNA OBRA MUSICAL
- ESTADO DE ASIA
- EXTRAVAGANCIA
- TROYANAS
- REGIONALES
- (GABRIEL ... MÁRQUEZ) ESCRITOR COLOMBIANO
- PRIVADO DEL PAPA
- DOS VECES CINCO
- GRADO MILITAR
- PEGA, ADJUNTA
- (... BALDWIN) ACTOR
- DE NACIMIENTO
- (... FLEMING) ESCRITOR INGLÉS
- PSADA DE LA AGUJA AL COSER
- CANTIDAD PROPORCIONAL
- PLANTA PARECIDA AL REPOLLO
- IMPRIMIESE DIBUJOS EN LA PIEL
- HIERRO COMBINADO CON CARBONO
- SCANDINAVIAN AIRLINES SYSTEM

c i c e r ó n

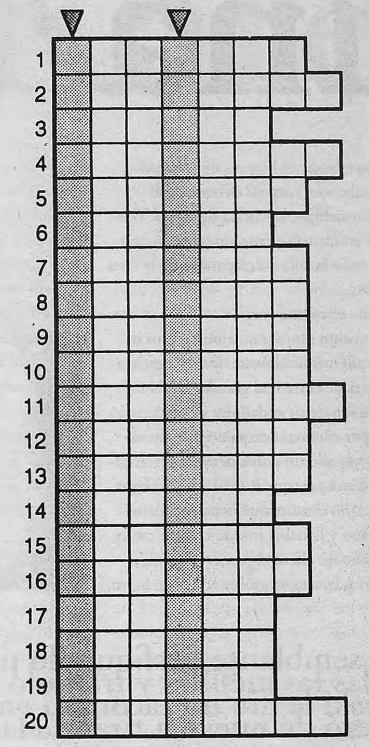
Encuentre las palabras definidas, ayudándose con la lista de sílabas que figura al pie, y escríbalas en el esquema. Al terminar podrá leer, en las columnas señaladas, una frase del orador que encabeza la página.

DEFINICIONES

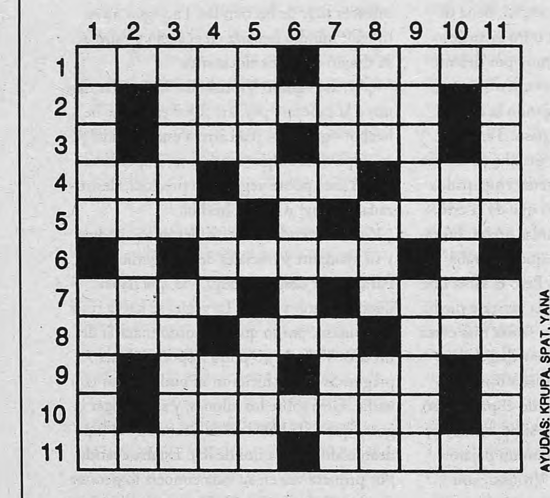
1. Pronombre posesivo.
2. Cada significado de una palabra.
3. De todos los días.
4. Bullicio.
5. Pieza teatral jocosa y popular.
6. Publicar a través de la imprenta.
7. Imitación burlesca de una obra literaria.
8. Coloques en un sitio.
9. Conciso.
10. Variado, distinto.
11. Figurativamente, cualidad de una persona.
12. El que se encarga de administrar una casa.
13. Escribano.
14. Trovador.
15. República de la ex URSS.
16. Calvario.
17. Pasmar de frío.
18. Veloz.
19. Piedra caliza muy dura.
20. Que tiene álcali.

LAS PALABRAS SE FORMAN CON ESTAS SILABAS

a, a, al, al, bi, bo, ca, cep, ción, có, cra, cue, di, di, dia, dia, dia, do, e, e, en, es, glar, go, Gól, ju, jun, li, már, mo, mol, ne, nia, no, no, no, nues, pa, pi, ques, rá, rio, rio, rir, ro, ro, sai, so, ta, ta, tar, te, te, to, to, tro, u, U, ver.



c r u c i g r a m a



AYUDAS: KRUPA, SPAT, YANA

HORIZONTALES

1. Rey de Egipto de la IV dinastía que construyó la Gran Pirámide./ Divagación.
2. Golpe fuerte que se da con la mano.
3. Madre de la Virgen./ Sufijo: tumor.
4. Abreviatura de Ku Kux Klan./ (Tip-) Ruido del zapateo./ Abreviatura de "negación", "negativo".
5. Altares./ En Cuba, árbol de cuya madera se hace carbón.
6. Etapa, período.
7. Dios egipcio./ Dícese de la pintura "ingenua".
8. Combustible gaseoso usado para dar calor./ Papel que representa el actor./ Prefijo: nave.
9. Pronombre relativo./ Abreviatura de "industria".
10. Equipo del fútbol italiano.
11. Nombre de la actriz argentina Kuliok./ Médanos.

VERTICALES

1. (Franz -) Autor de "La metamorfosis"./ Idéntico.
2. (Gene -) Gran baterista de jazz.
3. Provincia, ciudad y puerto del Japón./ Patín para deslizarse por la nieve.
4. Coloca tú./ Tercer hijo de Adán y Eva./ Abreviatura de ustedes.
5. Unidad de medida igual a mil millones de kilómetros./ Expresaba alegría por medio de movimientos del rostro.
6. Dios griego del Sol.
7. En inglés, término empleado para ordenar detención./ (Palabra alemana) Composición musical melódica.
8. Unión Obrera Metalúrgica (Argentina)./ (- Fu) Filósofo chino (1853-1921)./ Marca de automóviles.
9. De muy baja estatura (fem.)./ Acera en las estaciones de ferrocarril.
10. Membrana mucosa que cubre el cuello de los dientes.
11. Larva de la mariposa./ Nota que vale media semicorchea (pl.)

e x t r a c c i ó n

Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.

1. Pintores latinos

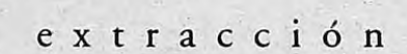
K	O	R	E	R
S	A	H	A	I
S	E	D	D	O
B	O	L	L	R
F	A	L	N	I

2. Rasgos de carácter

B	R	N	C	L
D	E	U	S	O
C	U	R	I	O
T	A	C	N	L
M	O	E	E	O

3. Computación

M	I	O	E	T
D	N	I	N	E
S	C	S	S	R
I	O	T	F	O
E	H	U	C	O



s o l u c i o n e s

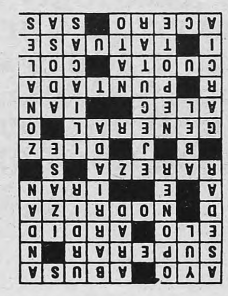
e x t r a c c i ó n

1. Pintores latinos
Kahlo, Soldi, Solar, Berni, Fader.
2. Rasgos de carácter
Bueno, dócil, cruel, terco, manso.
3. Computación
Mouse, disco, shift, ícono, enter.

c i c e r ó n

1. NUESTRO / 2. ACEPCION / 3. DIARIO / 4. ALBOROTO / 5. SAINETE / 6. EDITAR / 7. PARODIA / 8. UBIQUES / 9. ESCUETO / 10. DIVERSO / 11. ENJUNDIA / 12. ECONOMO / 13. NOTARIO / 14. JUGLAR / 15. UCRANIA / 16. GOLGOTA / 17. ATERIR / 18. RAPIDO / 19. MARMOL / 20. ALCALINO.
"Nada se puede enjugar más pronto que una lágrima." Cicerón

c r u c i - c l i p



c r u c i g r a m a

